

Es indudable la fertilidad explicativa encontrada en el papel del emisor cominterniano para dar cuenta de los conflictos de las “alturas” del PCA. No obstante, nos parece que ésta debe integrarse a un cuadro más vasto, en donde se presenten con mayor centralidad las tensiones y desafíos que presentaba el partido en su accionar en el medio social y político local. Hubo choque de ambiciones y rencillas personales, pero operaron en un trasfondo constituido por diferencias crecientes acerca de las orientaciones posibles del PCA. Es eso lo que estuvo detrás de las discusiones acerca del posicionamiento a adoptar frente a las divisiones de las organizaciones sindicales (USA y COA), el modo como se debía procesar la “cuestión idiomática”, el contenido reformista o no de la acción municipalista a favor de los barrios pobres del concejal Penelón o el sentido de la labor parlamentaria, entre otros.

Para el lector argentino representa una originalidad esta rigurosa indagación sobre el tema a partir de la consulta de los archivos públicos y privados rusos, que les permitieron a los autores acceder a una gran cantidad de actas, informes, cartas, telegramas (cuyo detalle se anexa al final del libro), referidos a la actividad interna cominterniana y que resultaban poco conocidos o examinados. Lo mismo puede decirse de la bibliografía rusa. Y el valor contenido en la veintena de fotos que allí se reproducen sobre los principales protagonistas en juego. En sentido inverso se extraña un mayor tratamiento de la bibliografía proveniente de la propia Argentina, que hubiera permitido iluminar al libro de otros matices, informaciones y análisis acerca del funcionamiento local del partido, de su conexión con el medio social, con el movimiento obrero, con las otras fuerzas políticas y con el Estado. De conjunto, el valor de esta obra es muy grande y contribuye a una notable expansión del conocimiento acerca de la historia del funcionamiento interno del PC argentino y de sus relaciones con la IC, así como de otras secciones cominternianas.

Hernán Camarero (UBA - CONICET)

* * *

Silvia Nassif, Tucumanazos. Una huella histórica de luchas populares: 1969-1972, Universidad Nacional del Tucumán, 2012, 393 pp.

Inscrito en la temática de los ciclos de protestas populares ocurridos durante la dictadura iniciada por el “onganiato”, *Tucumanazos* de Silvia Nassif no es estrictamente una historia de los trabajadores y del movimiento obrero tucumano, pero podría serlo. Porque esta obra de la joven historiadora tucumana, producto de una tesis de licenciatura,

pone de relieve aquel período de la historia argentina en que los trabajadores tucumanos, especialmente los obreros del azúcar, emergieron a la escena política nacional para hacer oír sus reclamos. Es el momento trascendental de su desarrollo, pero no es *toda* su historia. Elegir ese momento y no otro es resultado no de un interés académico estricto, sino de otro atributo que alimenta a la investigación con una característica peculiar: hablamos de la pasión militante y de esa conexión tan vital que reconoce lo difuso de las fronteras entre el pasado y el presente. Si a ello se le suma la “tradicción” familiar de quien escribe, ya nos situamos de forma privilegiada para conocer la obra en cuestión. He aquí los dos cauces que alimentan este trabajo. El primero, el interés de la militante por comprender aquellos momentos en que la clase obrera pasa a la acción decidida. El segundo, el reconocimiento de que con los obreros tucumanos confluyeron otros actores sociales, como el sector estudiantil; y allí aparece el protagonismo de las hermanas Nassif. Que bajo estas circunstancias esta obra tenga un carácter científico constituye un primer mérito del trabajo.

Tucumanazos es el análisis de la relación entre el movimiento obrero y el movimiento estudiantil durante los levantamientos populares ocurridos en la provincia de Tucumán entre 1969 y 1972, años donde la historia del país reconoce un profundo punto de inflexión, cuando se conforma una compleja oposición activa que condena globalmente al régimen militar instalado en 1966. Acá, un segundo mérito del libro, porque en la investigación y la enseñanza de nuestra historia sigue primando la mala costumbre de tomar la parte por el todo. Lo destacable es observar el proceso nacional a través de un proceso histórico local, con todas las particularidades del caso. La buena interacción entre lo local y lo nacional es uno de los grandes aportes del trabajo de Nassif. Que además el análisis sea realizado por una historiadora tucumana y, al menos parcialmente, financiado por instituciones provinciales, es un dato que debe congraciarnos.

En aquellos años, el proceso de enfrentamientos sociales en el país fue tomando una forma cada vez más violenta. La brutal represión de la dictadura se dirigió con especial tenor hacia el movimiento estudiantil, mientras el activismo obrero iba rompiendo la postura de “expectativa” que había adoptado la dirección sindical. El plan económico ultraliberal alimentaba los descontentos sociales. Bajo este escenario comenzaron a producirse las movilizaciones obrero-estudiantiles, que romperían los moldes entre mayo y septiembre de 1969. A lo largo de los tres años siguientes, las calles siguieron siendo escenario de movilizaciones, puebladas y confrontaciones que usualmente –en casi una veintena de casos– han sido caracterizadas como *azos*. El problema de la historiografía aquí es que ha puesto, no excesiva, sino casi exclusiva atención a

lo sucedido en Córdoba. De allí que sean bienvenidos los estudios sobre el “Choconazo”, “Cipolletazo”, “Catamarcazo”, “Casildazo”, “Mendozazo”, entre otros. Aquí se le ha presentado a la autora un obstáculo. Son pocos los estudios específicos acerca de los “Tucumanazos”. El estudio pionero es el del sociólogo Emilio Crenzel (1991), quien a través del caso tucumano buscaba demostrar cómo la lucha de calles se había expandido a lo largo del país. Crenzel destacaba en la provincia dos hitos fundamentales: el “Tucumanazo” de noviembre de 1970 y el “Quintazo” o “Segundo Tucumanazo” de junio de 1972. Pero entonces, la investigación de Rubén Kotler –que en 2007 tomó forma de documental bajo dirección de Diego Heluani– habla de tres “Tucumanazos”, sumando el de abril-mayo de 1969, que acompañó al resto de las movilizaciones de aquel momento. Otros autores han restado directamente toda referencia a los *azos* tucumanos, como el estudio de Ana Julia Ramírez. En paralelo, la atención de los análisis ha estado puesta sobre el movimiento estudiantil, tanto por su injerencia en las movilizaciones populares como por su conexión con las guerrillas. Entonces, ¿quiénes motorizaban e imprimían el carácter de las luchas en Tucumán?, ¿cuántos “Tucumanazos” hubo, si entendemos los *azos* –en su aspecto básico– como las movilizaciones populares que remiten a una confrontación de clases que hace explícita la lucha y la oposición política? La deuda, para la autora, al reconocer dos *azos* y no tres –siguiendo la conceptualización clásica de Beba Balvé y otras referencias de Rubén Laufer y Claudio Spiguel–, es que un más detenido tratamiento de la cuestión le hubiese permitido saldar de forma definitiva las diferencias.

Lo que en cambio sí queda indiscutiblemente plasmado son los desarrollos de los conflictos que tienen lugar en aquellos años, destacándose muy bien esa sinuosidad que presentan estos ciclos de protestas. Así, se refleja muy bien ese “doble recorrido” de las luchas, desde las localidades de ingenios cerrados o amenazados hacia la capital y desde ésta hacia otros espacios provinciales, con sus tiempos e intensidades dispares. Este recorrido permite comprender la compleja trama tucumana, lo que se enriquece con la principal virtud del libro: el rescate de la participación estelar de los obreros del azúcar, que alcanza su mayor protagonismo en el “Tucumanazo” de 1970 y decae para el momento del “Quintazo” de 1972. Y es quizá el mayor mérito del libro al contrastarlo con los trabajos que quieren condenar a Tucumán al exclusivo escenario del combate entre la guerrilla y el ejército. En definitiva, fue la decisión del gobierno militar de cerrar por decreto once de los veintisiete ingenios existentes en la provincia lo que confirmó al escenario tucumano una particularidad tal que puso al movimiento obrero azucarero y a la FOTIA el frente de los conflictos, configurando esa nueva oposición que emergía en el país y alimentaba la creciente politización de los reclamos. La presencia de

este actor permite comprender el caso tucumano y al mismo tiempo situar los dos grandes canales en que se hundió el “onganiato”: por un lado, al fracasar su misión suprema de imponer el “orden” y la “paz social”; por el otro, al enseñar la falacia de esa promesa de bienestar que traería a cuestras el “tiempo económico” primordial.

Todo lo hasta aquí dicho explica lo valioso del aporte de Nassif con *Tucumanazos*, pero la obra se hace aún más interesante al imaginar el campo de investigación que abre, aunque referirse a una obra por lo que no es a veces suele ser un recurso engañoso. La promesa implícita del libro se sustenta en el riquísimo trabajo de entrevistas realizado. Se trata de una inagotable puerta hacia ese pasado que ofrece al investigador pensar a ese movimiento obrero bajo otras circunstancias, preocupado por cuestiones cotidianas, ocupado en el proceso de trabajo, segmentado por su ocupación y por las trayectorias personales, concentrado en el conflicto larvado del día a día de la fábrica y del surco, un colectivo de obreros que todavía tienen un patrón del que preocuparse. En paralelo a la pesquisa de la “buena conciencia de clase”, una futura investigación podría llevarnos al mundo de lo heterogéneo que da verdadero sustento a las relaciones de fuerza que en *Tucumanazos* se encuentran en su pleno y más álgido movimiento. La problemática de los trabajadores se enraíza, después de todo, en estos oscuros lugares de la producción y de la vida cotidiana. En igual sentido, observar las estrategias productivas de los dueños de ingenios, aquellas políticas hacia los espacios productivos y extralaborales que anudan la trama social, podría enriquecer la perspectiva. Así, los estudios sobre “paternalismo industrial” o las “*company town*” podrían transformarse en una referencia interesante para analizar el mundo de los trabajadores de los ingenios tucumanos, para también permitir ingresar al conflicto que se polariza entre “pueblo” y régimen militar, a un actor huidizo: los patrones propiamente dichos.

Con todo lo que cumple y con aquello que promete, con una prosa amigable, una estructura atractiva y acompañada por esclarecedores mapas y fotos, Silvia Nassif viene a ofrecer en *Tucumanazos* un aporte ineludible para penetrar en ese complejo nudo histórico que rodea al año 1969. La autora cumple así con los objetivos de aportar nuevos elementos particulares, que sitúa con éxito tempranamente desde 1966, para el análisis de una conflictividad general que demanda mayores investigaciones monográficas tanto como miradas integradoras que cuenten con todos los nuevos elementos de esta constelación de escenarios –más allá de Córdoba– que configuraron una amenaza integral al régimen militar. Asimismo, Nassif logra contribuir a un conocimiento mayor de la historia social y política de Tucumán.

Alejandro Jasinski (UBA)